



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 26. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Julio 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXV.

### SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Dos elegantes chaquetas para vestido. — Cinturon de percal. — Cinturon de granadina. — Faldas de percal con volantes plegados. — Dos mangas de novedad para vestidos. — Toquilla para el campo. — Cofia de muselina y cinta. — Cofia con guarniciones bordadas. — Delantales para niñas. — Corbata de encaje irlandés. — Cortinaje para balcon. — Cenefas de tapiceria para adornar muebles. — Sillon con tira bordada. — Tapete bordado. — Almohadon con aplicaciones de cretona. — Arandela de cordon. — Estuche de costura. — Puntilla de crochet y trencilla Cluny. — Entredoses de malla

guipure. — Cenefa bordada en paño para etagères. — Encaje irlandés sobre fondo de tul. — Mosquitero de punto de aguja. — Estudios prácticos sobre el corte. — LITERATURA: El himno del ruiseñor, por José Lopez Baez. — La perla de Cuba, poesia, por Teodoro Guerrero. — Humo y ceniza, poesia, por Gerardo Couder. — De Madrid á Lisboa, por D. Nicolás Diaz y Perez. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Los cos del mundo, por Maria del Pilar Sinués de Marco. — Variedades. — Economía doméstica. — Explicacion del figurin.

### EXPLICACION de los GRABADOS.

1, 2, 13 y 14.

TAPETE  
Y CORTINAJES  
PARA SALON.

Las tiras, bordadas en reps, cachemir ó terciopelo con tren-cilla, cordon ó aplicaciones, son de gran resultado para decorar muebles y cortinajes, dándoles extraordinario realce. Los números 2 y 13 presentan un cortinaje y tapete de velador iguales, esto es, de reps de un color, decorado con cenefa de otro, ó del mismo en tono más claro. La que presenta el modelo es color habana, la cenefa azul claro y en ella las trencillas que marcan los medallones color de café, el cordoncillo con que está bordado el arabesco, azul oscuro y boton de oro, y las estrellas blancas con feston y dibujos negros. También puede ser el fondo de la cenefa blanco y las estrellas azules con feston encarnado. El fleco que forma la guardamalleta es azul y habana con borlas, y está hecho de crochet con lana color habana y borlas y rosas de crochet azules: el mismo fleco forma los alza-paños y guarnece el pouf que se ve delante del balcon. Fleco más sencillo, pero en el mismo estilo, guarnece el tapete.

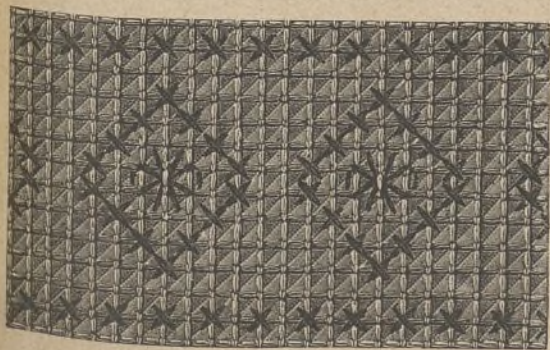
3 y 4. CENEFAS DE TAPICERÍA.

La número 3 puede servir también para decorar tapicerías de reps en vez del bordado de cordoncillo, dando un resultado parecido á la cenefa núm. 1, aunque no sea de tan buen efecto. La núm. 4 es una cenefa de tapiceria bordada á punto gobelino y combinando las lanas en colores muy encontrados: las dos cenefas de la orilla van hechas á punto de espiga.

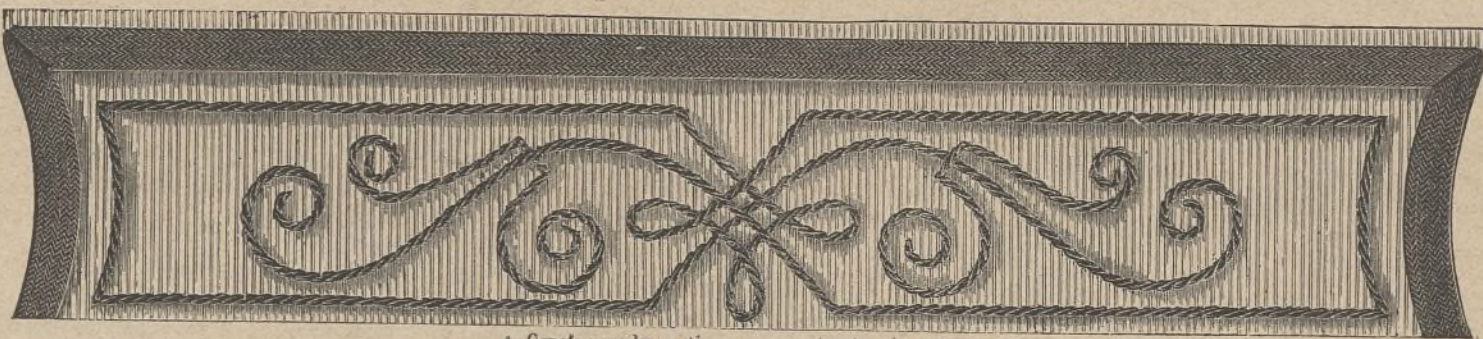
5. ALMOHADON-POUF.

Aplicaciones de cretona.

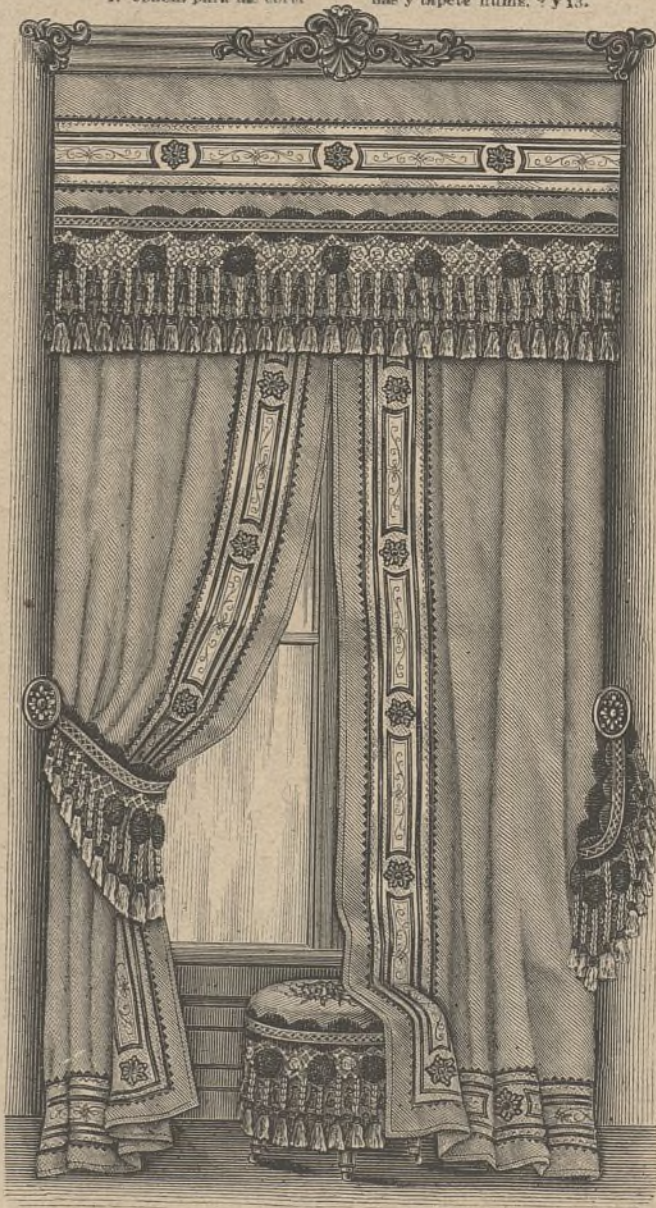
Este almohadon, destinado á una pieza de tocador ó de salon de verano, forma tres almohadones uno sobre otro, guarnecido cada uno con cordon y borlas en los ángulos y unidos uno á otro ántes de rellenarse



3. Cenefa para tapiceria.



1. Cenefa para las cortinas y tapete núms. 2 y 13.



2. Cortinaje para balcon. (Véanse los núms. 1, 13 y 14).

el superior: el de encima figura una pequeña plata-forma marcada por un cordon y adornada de aplicaciones de cretona: el pouf es todo de cretona lisa color de rosa.

6 y 7. MAN-GAS PARA VESTIDO.

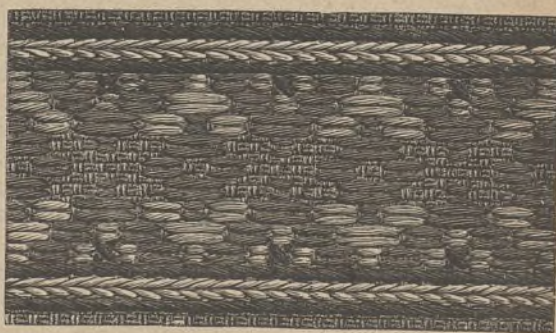
Ambas son para vestidos de dos telas, y muy especialmente para vestidos de combinacion escocesa: la primera, núm. 6, lleva sobre la manga escocesa dos vueltas, una más alta que la otra, de tela lisa y tela escocesa, ámbas orilladas de un biés del color de la lista que forma el cuadro, y un bullonado de tela lisa, por el que figura pasar una cinta que se anuda y deja las puntas flotantes. La segunda, núm. 7, lleva sobre la manga escocesa ancho biés liso, sobre el que va un plegado de dos cabezas de tela escocesa sujeto con un lazo. Ambas llevan un plegado interior de muselina blanca.

8 y 9. CENEFAS PARA TAPETE.

Están hechas con soutache, la primera formando pequeñas ondas, que se recortan despues de bordadas y llevan encima una trencilla de otro color, sobre la que va una cenefa de punto ruso, mitad sobre la trencilla y mitad sobre el fondo del tapete. La número 9 lleva trencilla al canto, pegada á la máquina con seda de otro color y recortada la tela por debajo, atravesando el ancho de la trencilla puntos iguales á los que forman espinas al borde de la trencilla sobre el tapete: un doble feston al aire de soutache ó de crochet completa la cenefa, y de ella misma puede formarse medallon en el centro del tapete.

10 y 12. ARANDELA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

Segun el tamaño que se dé á esta labor, puede servir para pié de lámpara ó centro de mesa de comedor, para dejar encima los platos: su ejecucion á feston con una hebra de trama entre los puntos, para mayor solidez, la presenta clara el número 11, que



4. Cenefa para tapiceria.



muestra el principio y centro de la arandela, y de este punto pueden hacerse tantas vueltas como tamaño quiera darse á la labor, ejecutando de trecho en trecho dos puntos en uno, para que tenga la extension necesaria para el buen asiento: la cenefa que muestra el núm. 12 está hecha al mismo punto, haciendo con la hebra, que sirve de trama, un punto cordoncillo de trecho en trecho para que resulte una vuelta calada. La arandela se hace con cordón de color ó soutache y una aguja de pasar cintas, y las dos vueltas de cenefa llevan además un cruzado con soutache de otro color.

#### 15. SILLON CON TIRA BORDADA.

Las mecedoras y sillas de regilla se han hecho una necesidad en todas las casas, y el sillón que presenta este modelo va adornado con una tira en el centro bordada en reps con aplicaciones de cretona y sujeta del extremo y del asiento con cintas. La cenefa va bordada con lanas á punto ruso.

#### 16. CENEFA BORDADA EN PAÑO.

Sirve para decorar cajas, canastillas y jardineras: bórdate en paño negro ó grana con una cadeneta al borde marcando las ondas, y un arabesco encima á punto ruso, esto es, cada trazo una puntada. Un fleco de los mismos colores le completa.

#### 17, 25 Y 26. NECESER DE COSTURA.

Presentan estos números un neceser de costura con diferentes bolsillos para hilos, sedas, cintas, botones, siendo de gran comodidad para un viaje. El núm. 17 le presenta cerrado en rollo con presilla y botón, que se ocultan debajo de una escarapela, y los núms. 25 y 26 le presentan abierto y por dentro y por fuera para mayor claridad. Hácese en lienzo crudo ó cutí, con una aplicación de cretona en guirnalda, y por dentro lleva dos series de bolsillos con sus carteras para sedas de diferentes colores, é hilos, dos dobles presillas para madejas de cordón y cinta, un departamento para dedal, agujas y alfileres, y un gran bolsillo para botones, corchetes, pasacintas y demás piezas indispensables de costura. Cada una de estas piezas va ribeteada de trencilla encarnada.

#### 18 Á 21. FALDAS Y CINTURONES DE PERCAL.

Las dos faldas en tela rayada presentan el adorno más propio para esta tela, que son volantes plegados, dejando á la vista una sola de las rayas, para que al moverse el vestido se vea la otra como un jaspeado: la una lleva dos volantes anchos con cabeza y la otra tres estrechos, con un biés á la pegadura de cada uno. Los cinturones son para sujetar la túnica-blusa, que corresponde á esta clase de faldas sin pretension, y el primero se compone de una gran aldetita triangular con lazadas y hojas, y el segundo de dos lazadas con sus caídas adornadas de puntilla. Este es más propio de telas ligeras.

#### 22. CORBATA DE ENCAJE IRLANDÉS.

Está hecha con cinta lisa y de medallones para el enramado, y los calados son todos á cordoncillo y milanos: un feston la une á la batista, y piquillo de encaje la termina al borde.

#### 23 Y 24. CHAQUETA PARA VESTIDO.

La forma es la misma, variando solo ámbos modelos en el adorno y manga: es la hechura de coraza que sigue haciéndose con preferencia á todas las demás: el modelo núm. 23 no lleva alrededor más que un vivo que se repite alrededor del cuello-chal, que cierra con un lazo igual á los bullones, biés y lazo de la manga; la núm. 24 lleva biés de otro tono todo alrededor, y encaje que forma además concha debajo del lazo que adorna por detrás el talle, y la manga lleva bullon en toda la costura exterior y gran biés campana sujeto del centro por cinta y lazo.

#### 27. PUNTILLA DE CROCHET Y TRENCILLA CLUNY.

Consiste en un doble orden de ondulaciones de trencilla, más pequeñas las superiores que las inferiores, y sujetos los picots de la trencilla por cadenetas de crochet; la ondulacion superior se hace en una sola cadeneta que recoge varios piquillos de la trencilla por un lado y por otro, y la inferior tiene necesidad de una vuelta de crochet por cada lado como marca el dibujo. Se comienza por esta ondulacion mayor, siguen dos vueltas horizontales de crochet, y en la segunda se van sujetando los picos de la otra trencilla, cuyas ondas ú ondulaciones se tendrán hechas aparte. Una hilera de barras forma el pie de la puntilla.

#### 28 Y 29. ENTREDOSOS DE MALLA GUIPURE.

El grab. 28 es una caprichosa labor á cuadros mates y calados, cuya ejecucion es harto conocida, pero ofrece la novedad de que formen segundos cuadros cuatro hebras tendidas y entrelazadas; el núm. 29 es un entredós fácil y sencillo, que produce un efecto muy lindo.

#### 30. ENCAJE IRLANDÉS SOBRE FONDO DE TUL.

Este precioso dibujo, de ejecucion algo complicada á primera vista, se hace aplicando la trencilla sobre el tul. Con esta se van trazando todos los contornos, formando ojitos sobre ella con cordoncillo grueso. Se necesita el empleo de dos trencillas de distintos anchos para las hojas: la más ancha sirve para las hojas cerradas, y dos estrechas para las hojas abiertas; ruedas y molinetes llenan todos los huecos, y el borde exterior termina con piquillo.

#### 31. MOSQUITERO DE PUNTO.

Sirve para cubrir los platos que contengan fruta ó dulce, y para las señoras acostumbradas á hacer objetos de punto de aguja su ejecucion no ofrece dificultad ninguna. Alambres verticales sostienen las diferentes partes en que se divide este caprichoso objeto, cuya forma asemeja á una pantalla, cubriéndose con ruches de la misma lana rizada y cintas negras adornadas con estrellas. El mosquitero termina por arriba con una ruche y una lazada de cinta para suspenderlo.

#### 32 Y 33. CÓFIAS DE MAÑANA.

Es la primera de muselina, con guarniciones tableadas por delante, y adornada por atrás con retorcidos de cinta y doble lazo con caídas. Un lazo sin caídas de la misma cinta adorna la parte superior de la cabeza; la segunda, más elegante, lleva todo alrededor una guarnicion bordada y encima cinta desflecada por ámbos lados, que hacía adentro figura pluma. La guarnicion forma bavolet por atrás, terminando con ancha caída adornada con entredós y bordado, por debajo de la cual asoma otra caída de cinta. Lazos de la misma cinta realzan el costado superior de la cófia y la parte de atrás.

#### 34 Y 35. TOQUILLA DE TRENCILLA Y CROCHET.

El grab. 35, de tamaño natural, demuestra con suma claridad el modo de ejecutar las estrellas que constituyen principalmente la toquilla, muy propia por su ligereza para campo y baños. Puntos contorneados y cadenetas de crochet forman todo su enlace.

#### 36 Á 38. DELANTALES PARA NIÑA.

El 36 va guarnecido todo alrededor con una cenefa, cuya ejecucion indica claramente el grab. 37. La misma cenefa guarnece el bolsillo, el peto y forma los tirantes; el delantal grab. 38 es de mucha más pretension, pues lleva todo alrededor un volante fruncido ó tableado de la tela, y encima entredós bordado y cenefita festonada. El mismo adorno guarnece el peto y los tirantes y forma doble escarcela. La cenefita festonada termina igualmente el volante y le sirve de remate.

JOAQUINA BALMASEDA.

### ESTUDIOS PRÁCTICOS SOBRE EL CORTE.

#### MODO DE UTILIZAR LOS PLIEGOS DE PATRONES.

Como saben nuestras lectoras, á fin de publicar el mayor número posible de patrones, estos se dibujan en todos sentidos sobre el pliego, formando una infinidad de líneas entrecruzadas. Esto, que á primera vista parece muy complicado, no ofrece ninguna dificultad despues de un ligero exámen, supuesto que cada figura está trazada con una línea diferente de las otras, que marca todos sus contornos. Con la rodaja de sacar patrones se obtiene con suma facilidad el patron que se desea. Este pequeño instrumento se compone de una ruedecita dentada, de acero movable sobre un pivote, y con mango de madera. Hé aquí el modo de servirse de ella: si el patron es menor que el pliego y está completamente extendido, se pone debajo de dicho pliego una hoja de papel, tan grande á lo menos como la figura que se quiere sacar, sujetándola con algunos alfileres. Se siguen entonces los contornos interiores y exteriores con la rodaja, que se apoya ligeramente, empujándola con ayuda del mango hacia uno mismo, segun lo requiera el sentido de las líneas. Se quitan luego los alfileres, y el papel que está debajo, agujereado por los dientes agudos de la rodaja, ofrece la perfecta reproduccion del patron: no resta entonces más que hacer que cortar el papel, siguiendo todas las líneas formadas por los agujeritos.

Hay muchos patrones que exceden en dimensiones del tamaño del pliego, y es preciso doblarlos muchas veces para darlos por entero, lo que se indica por medio de una línea punteada, tantas veces como se requiere, y con las palabras *doblez de la parte doblada*. Lo mejor es sacar antes las partes que están dobladas y unir las á la parte principal del patron con algunos alfileres, para ver si está bien antes de cortar la tela.

No es posible poner en el pliego patrones con medidas especiales que convengan á persona marcada, pues no servirían para las otras; así, pues, se dan con medidas regulares, dejando á nuestras lectoras el cuidado de achicarlos ó agrandarlos, para apropiárselos convenientemente.

Las medidas que deben tomarse para hacer un cuerpo, son las siguientes:

1.º Grueso del talle.—2.º Vuelta superior del talle, pasando por debajo de los brazos.—3.º Ancho de pecho.—4.º Ancho de la espalda desde un hombro al otro.—5.º Largo de la manga, tomado por la parte inferior del brazo.—6.º Largo del talle por delante.

Cuando se ha cortado el patron de un cuerpo se comparan sus dimensiones con las medidas indicadas; si la diferencia es insignificante, basta meter más ó menos las costuras del costado y el hombro; si, por el contrario, se tuviese que agrandar ó achicar, debe hacerse en la mitad de la espalda y en los bordes de los delanteros, por debajo del brazo, esto es, en la costura de los costados. Para la espalda, si es ancho, se debe hacer un dobléz de arriba á abajo en el patron, de modo que el dobléz resulte al hilo, sujetándole con alfileres, y cortando en esta disposicion la tela: si es estrecho, se le añade una tira al hilo en el medio de la espalda, y se da algo más á los delanteros en los costados.

Recomendamos mucho que no se hagan subir las pinzas muy arriba, pues esto quita á un cuerpo toda su gracia y buena forma.

Cada patron constituye generalmente la mitad del objeto que representa: así es que se da la mitad de la espalda, un delantero solo y un solo costadillo; por lo tanto, para cortar la espalda se pone la tela doblada, mientras se cortan dos veces los delanteros y los costadillos, cuidando de que venga bien el dibujo de la tela, si son cuadros ó flores.

Algunas veces se encuentran patrones cuya forma, perfecta por otra parte, exige solamente que se reproduzca alguna de sus partes principales. En este caso, las líneas laterales marcadas con una flecha, deben prolongarse en la direccion que indica la punta de esta hasta que tenga el largo necesario, reuniéndose luego por abajo segun lo requiera el patron, con una línea recta ó redonda.

Estos patrones se dan muchas veces para cuerpos de camisa, delanteros para niños ó faldas negradas, cuya diferencia de las otras existe solamente en la parte superior que va pegada al cuerpo. En las faldas, además de las flechas, llevan la medida numerada del largo que deben tener. Estas líneas se completan continuándolas con el auxilio de la regla.

### RODAJA PARA SACAR PATRONES



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



### EL HIMNO DEL RUISEÑOR.

(HOJAS PERDIDAS.)

Declinaba el sol, y sus rojizas llamaradas, penetrando el oscuro follaje de los álamos erguidos, iluminaban á trechos los erizados ramos de las zarzas-rosa, en torno de cuyas flores, bebiendo su perfume, los insectos de colores revolaban inquietos y heridos por la luz, llenaban el espacio de visos y de cambiantes la pupila.

En sus ligeras ráfagas traía el aire á mi oído mil confusos rumores que armonizaban con el crujir de la arena bajo mis piés al adelantar por la solitaria alameda.

Cuando llegué á su límite, esperadas las nieblas de la tarde, flotaban en revueltos girones sobre el peñasco



lecho de una fuente que, abierta en la roca, manaba raudales de un agua clarísima.

Los álamos se inclinaban allí mezclando sus frescas varas, y la hiedra vividora se tendía colgante de uno á otro, mientras el aura movía sus múltiples lazos, cuyas extrañas sombras aparecían y desaparecían fantásticamente sobre las puntas salientes de la peña, iluminadas por la luna.

Muerto ya el día, vagarosas nieblas parecían subir por las faldas de las colinas, cuyo sinuoso perfil destacábase ceniciento sobre el azul profundo de la atmósfera.

La calle de álamos parecía cortada por fajas de luz y sombra, y las zarzas-rosa arrojaban á la arena la caprichosa silueta de sus ramos.

Las hojas de los árboles se agitaban hablando en su lenguaje misterioso; los géneos de las aguas danzaban y reían en torno de la fuente, y los espíritus amigos de la noche travesaban amables entre los arbustos, ó en vuelo silencioso, colgaban hilos de luz de una á otra estrella.

¡Oh! ¡Nunca el misterioso cristal de mi pupila reflejó retiro más ameno, más hermoso lugar! Mi corazón latía sosegado, mientras aspiraba yo con un placer infinito aquel ambiente impregnado de voluptuosidad y de perfumes.

Yo había oído hablar del manantial aquel: dícese en la ciudad que cuando los enamorados se confían allí en coloquio dulcísimo los secretos de su alma, los silfos crueles recogen sus palabras y las vierten en los oídos de los amantes infelices... ¡Suplicio horrible de los celosos, yo te he probado!...

Me tendí sobre la arena, y después de refrescar mis sienes y mi boca, sentí una agradable laxitud apoderarse de mis miembros: bajó el sueño mis párpados con sus manecitas suaves, y abstraído en mi propio ser, perdí la conciencia de la realidad.

Cuando abrí los ojos, despertado, la luna, más alta, indicaba la proximidad de la media noche: todo en mi rededor bullía como antes.

Un florido ramo de zarza-rosa se columpiaba levemente sobre mi cabeza, y entre sus rojas espinas, una dulce pareja de ruiseñores se halagaba con los picos, batiendo el ala trémula. Interrumpían sus cariños los esposos para alisar mutuamente sus plumas descompuestas, y luego volvían á cambiar su aliento en un beso larguísimo y callado.

Cesaron al fin, y la hembra se recostó suavemente en la rama. Saltó el querido junto á una flor, y después de humedecer su pico y su garganta en las templadoras gotas del rocío, preludió la canción de sus amores.

Un torrente de notas cristalinas pareció estallar bajo las plumas de su pecho; luego su voz fué escapando en unas piadas llenas de pasión que se apagaban con el rumor de una sarta de perlas agitada, hasta romper otra vez en arranques vehementísimos cortados y sonoros.

La hembra, inmóvil, inclinó su redonda cabeza, mientras la llama de sus ojos se escapaba por entre sus párpados entornados.

El ruiseñor comenzó su canto. Las frases músicas, por un misterioso influjo, llegaban á mi oído vertidas al idioma de los hombres.

—Amada mía: esta es la hora en que los insectos luminosos brillan sobre las altas yerbas que festonan el pie de los pomposos álamos; y en las linfas de la fuente, olvidados de sus tesoros, los gnomos traviesos juegan con las monedas pedrezuelas.

Los cielos giran sosegados, y la perezosa luna, recostada en su lecho de vapores, rodea su frente de velos sutísimos.

En esta hora fué, amada, cuando atraída por mi voz, saltabas tímida de un ramo á otro, escuchando á intervalos inmóvil mis cantos de amargura.

Dórame yo de mi soledad: feliz, decía, el que logra una dulce compañera con quien divertir las tristezas de las noches oscuras y de los campos sin sombras. En esas noches, junto á ella, envolviéndola en una intensa mirada de pasión, dírala complaciente la historia de mi niñez, embargando su oído con las armonías de mi voz. Y cuando alborease, rasgando las nieblas de la mañana, iríamos á buscar los sabrosos gusanillos con que nos obsequiaríamos á porfía, y después de beber la escarcha que titila en los bordes de las hojas, nos divertiríamos en romper los hilos que entre ellas enredan las orugas plateadas.

Y tú movías graciosamente la cabeza buscándome entre las ramas. Yo te apercibí.

Rompiendo el vuelo te llamé con piadas halagüeñas...

¡Oh, dulce instante! Mi amada respondió á mi reclamo, y desde entonces juntos pasamos las noches, y dormimos juntos las siestas.

Tú eres muy extremadamente bella, amada mía: tu oscuro plumaje resalta entre el verde rojizo de la zarza-rosa; tus movimientos son vivaces y delicados, y tus

ojos brillan con los destellos de las aguas que hieren el sol.

Hemos tejido en lo espeso del álamo que se eleva sobre nosotros el nido de nuestros amores, en el que empleamos ramillas y hojas, y las más suaves plumas de nuestras alas.

Cuando mi amada caliente en él los preciosos gérmenes de nuestros hijos, yo, velando al lado, la distraeré con mis canciones; la canción del amante dichoso; la canción de la buena madre.

¡Oh placer sin medida! Tendremos nuestros hijos... ¡Con qué alegría los acariciaremos cuando nazcan! ¡Con qué solicitud reservaremos para ellos los insectos más delicados! ¡Cómo se ensanchará nuestro pecho al acallar su pio anhelante con el gustoso cebo; al ver cesar el inquieto batir de sus aloncillos desnudos! Y luego, más crecidos, ¡cómo nos encantará su afán al disputarse la satisfacción de alcanzar de nuestro pico el gusanillo codiciado!

Su madre les revelará los misterios del amor, y yo los ensayaré en las más delicadas armonías.

Para incitarles al vuelo, prometeréles cantar el himno con que celebré mi desposorio.

Y cuando se arriesguen á dejar el nido, tenderemos unidas nuestras alas bajo ellos, y de tiempo en tiempo los sostendremos para que reposen y alienten. —

Acabó su canto el esposo; la hembra lanzó una dulce piada, y volando él á ella, prurrieron ámbos de consuno en un himno de júbilo, prodigándose mutuamente mil caricias. La luna en su giro tardo, iluminaba la zarza-rosa.

¡Oh, sencillos amores! ¡Oh, graciosos hijos de la naturaleza!

Mil sentimientos hablaban confusamente en mi corazón: sentí á ese hombre que, dentro de mí, lucha á veces conmigo, revolverse agitado, y me incorporé.

La graciosa pareja voló sobresaltada, atravesando la bóveda móvil que formaban los álamos...

¡Oh, feliz esposa!... cuando en las horas de tu ventura recuerdes al pobre amante que turbó las delicias de tu himeneo, ten para él una sencilla lágrima de piedad!

¡Esposo afortunado!... tú que has recogido las primicias de un amor con que la naturaleza te facilita el cumplimiento de tu misterioso destino, dedica en la noche silenciosa una blanda canción á este envidioso de tu dicha.

Yo os consagro este recuerdo: ¡ay de mí, que no gusté jamás en inefable deliquio los goces de una venturosa posesión.

Me levanté, y con la cabeza sobre el pecho que oprimía con mis manos crispadas, retorné á la ciudad: recuerdo confusamente que vacilaba como un hombre atontado por los vapores de la embriaguez.

Tardé bastante en llegar á la entrada de la calle de álamos. Ya en ella, me volví hacia la fuente cuyo rumor sonoro hería mis oídos en multiplicados ecos, y exclamé con un desconuelo infinito, cegando mi pupila un velo de lágrimas: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(Hallé las hojas estas en una junquera de las que crecían, cuando yo visité á Granada, en las orillas del Genil: ví alguna más, que no pude lograr en un peligrosísimo fondo, hacia un paraje en que la corriente es muy rápida: no he podido averiguar quién sea su autor).

JOSÉ LOPEZ BAEZ.

Tomamos de la excelente revista los *Niños*, la siguiente bellísima poesía, debida á la pluma de uno de nuestros más eminentes y populares escritores.

Y ya que de esta revista hablamos, deber nuestro es recomendarla una vez más á las madres que deseen proporcionar sana y entretenida lectura á sus hijos.

Once tomos lleva ya publicados con este título, el infatigable y distinguido escritor D. Carlos Frontaura; once tomos ilustrados con magníficos grabados é impresos en excelente papel, que son la admiración de cuantos tienen la fortuna de hojearlos.

Esos libros consagrados á la infancia, y cuyo lema es instruir y recrear, bastarían en otro país para haber enriquecido á su editor; en España, el periódico *Los Niños*, si bien da honra á los literatos que consagran su tarea á tan beneficioso pensamiento, no deja gran provecho, por el abandono de los padres de familia, que no se apresuran á poner en manos de sus hijos páginas tan útiles y tan baratas, semilla fructífera para el porvenir.

La poesía que tomamos de su último número, fué leída por su autor en la tertulia literaria de los señores duques de la Torre, y escrita para su linda primogénita, ver-

dadera perla, según la denomina el poeta en su inspiración, que fué muy celebrada. Héla aquí:

#### LA PERLA DE CUBA.

A CONCHA SERRANO.

Allá, á la orilla del mar,  
En la tierra de Colon,  
El delicado boton  
De una rosa vi brotar.

Era una niña donosa  
De ojos azules, ¡tan bellos!  
Eran rubios sus cabellos,  
Tez del color de la rosa.

A su padre hizo temblar  
La esperanza, la emoción,  
¡Fué el sueño de la ilusión!  
¡La sonrisa de su hogar!

Y tan peregrina al verla,  
Concha la llamó al nacer....  
Al convertirse en mujer  
Brotó en la concha una perla.

Hoy, que te vuelvo á encontrar,  
Escalas el porvenir.

¡Ay! ¡tú empiezas á subir  
Cuando yo empiezo á bajar!

Concha, ¡qué tiempos aquellos!  
En los dos todo ha cambiado,  
Y tus ojos me han robado  
El negro de mis cabellos.

Te miro con emoción;  
Me traes á la memoria  
La página de mi historia  
Más grata á mi corazón.

Amo á Cuba, y pido á Dios  
Que la paz luzca en su suelo;  
Bajo aquel brillante cielo,  
Concha, nacimos los dos.

¡Allí murió mi alegría!  
¡Tierra con llanto regada!  
dejé en ella sepultada  
Una hija del alma mía!

De tus padres al amor  
¡Cuán venturosa has de ser!  
¡A ti te llama el placer!  
¡A mí me llama el dolor!

Te signió desde la cuna  
Risueño y próspero el hado;  
Sus dones te ha regalado  
Generosa la fortuna.

¡Feliz tú, niña hechicera,  
En cuya fresca megilla  
La huella triste no brilla  
De la lágrima primera!

La ilusión te hizo, en su anhelo,  
Tan noble como tu padre,  
Tan bella como tu madre,  
Tan pura como tu cielo.

Hermosa, te han de admirar,  
Y pues la virtud te abona,

Oigo á la gente exclamar:  
—¡Feliz quien logre engastar

Esa perla en su corona!  
TEODORO GUERRERO.

#### HUMO Y CENIZA.

Me acabas de preguntar,  
Niña hermosa, por qué fumo,  
Y te voy á contestar  
Porque de cortés presumo.

Aunque digan que es hablar  
Sobre una cuestión de humo.  
Hay momentos de fastidio  
Insoportable, profundo,  
Que recuerdan el suicidio  
Y hacen renegar del mundo:  
Pues cuando con ellos lidio  
Me reanimo en un segundo.

Cojo un cigarro y le enciendo,  
Chupo con rabia y le fumo,  
Y á la par que le voy viendo  
En mi boca consumiendo  
Dejando ceniza y humo,  
Niña, me voy sonriendo.

El cigarro me electriza  
Y no vivo si no fumo;  
Pues siempre me patentiza,  
Si bajo el dolor me abrumo,  
Que cual él todo es ceniza,  
Que todo cual él es humo.

GERARDO COUDER.



## DE MADRID Á LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

## XIX.

## DESPUES DE LA COMIDA.

No llevábamos sentados á la mesa ni un solo momento, cuando Scott gritaba como un desesperado:

—¡Mozo, la comida, pronto!

Los mozos, como sordos, seguían impávidos poniendo platos y más platos, botellas y más botellas, vasos y copas de todos tamaños, servilletas á docenas y cubiertos á ciento. Aquello no tenía fin, parecían los preparativos de una boda. Por fin,

después de tantos platos, de tantas botellas, de tantos vasos y copas, de tantas servilletas y cubiertos, sirvieron el primer plato y corriendo el segundo y más de prisa el tercero y el cuarto y el quinto, con todos los demás accesorios á un cubierto de fonda de estacion. Scott y yo, que no habíamos, puede decirse, comenzado á comer, pedimos chuletas, carne de vaca, salchichon, asado, fritos de sarten, café después, y últimamente ron, y ron en abundancia, que después de haber salpicado la comida con buen Jerez y Oporto hace falta media docena de copas de ron si se ha de hacer una feliz digestion. Ibamos á tomar café, cuando Scott acercándose su cuchillo me dijo:

—Atrévase V. con ese poquillo de melon... artificialmente madurado.

—Hombre, eso de artificialmente madurado merece explicacion.

—No tiene otra explicacion que la de haber sido cortado sin madurar, así es que ahora le podemos comer perfectamente conservado. En América se come así hasta la fruta más delicada. No hace mucho tiempo que se ha descubierto en California un método muy breve de secar la fruta, como la uva, para hacer pasa, las ciruelas, los higos, etc. Consiste en dirigir una corriente de aire á cierta elevada temperatura á la fruta madura, por cuyo medio se seca y conserva un aroma y una frescura que no tiene cuando se emplea el medio ordinario de someterla á los rayos del sol, sin correr además el riesgo de echarse á perder con las lluvias y otros fenómenos meteorológicos.

Y hablando Scott de estos raros procedimientos, nos habíamos bebido dos cafés y dejábamos vacía una botella de Jamaica. Las gentes comenzaron á ponerse en movimiento, la máquina estaba preparada, y el convoy hecho, cuando sonó la campana de la estacion, respondió el pito del maquinista, y nosotros ya dentro de nuestro coche nos dejamos conducir cómodamente, bajo la grata satisfaccion de haber comido de todo cuanto habia en la fonda. Scott con el rostro compungido, me decia así que comenzó á rodar el tren:

—Partimos sin haber saludado de lejos á Almorechon.

—Almorechon no existe, amigo Scott.

—¿Cómo que no existe?

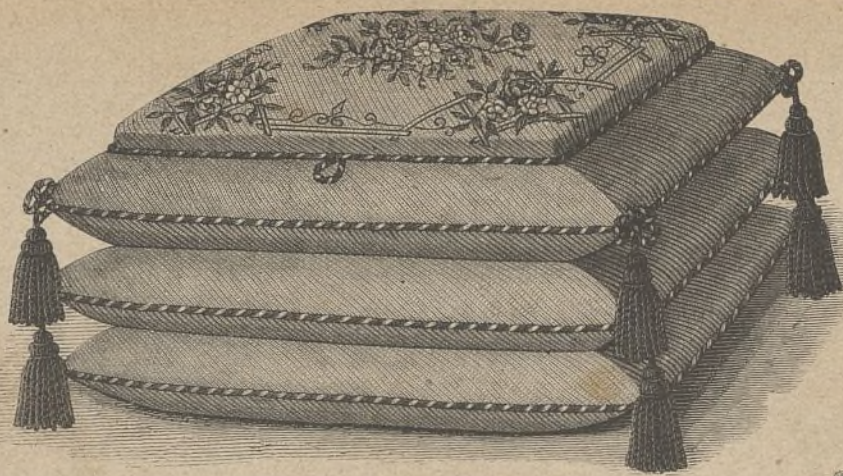
—Porque no es poblacion.

—¿Pues qué es entonces?

—Un campo, un erial de peñascos ennegrecidos por el sol. En lo antiguo, allá por el siglo IX, hubo poblacion y buena. Los árabes la encerraron en un castillo, y más tarde la poblacion desapareció, pero los viejos muros quedaron en pie como para denunciar las turbulentas luchas en que vivieron sus antiguos moradores. Hoy está llamado este sitio á tener otra nueva poblacion, mayor que la que tuvo en el siglo IX.

—¿Por qué?

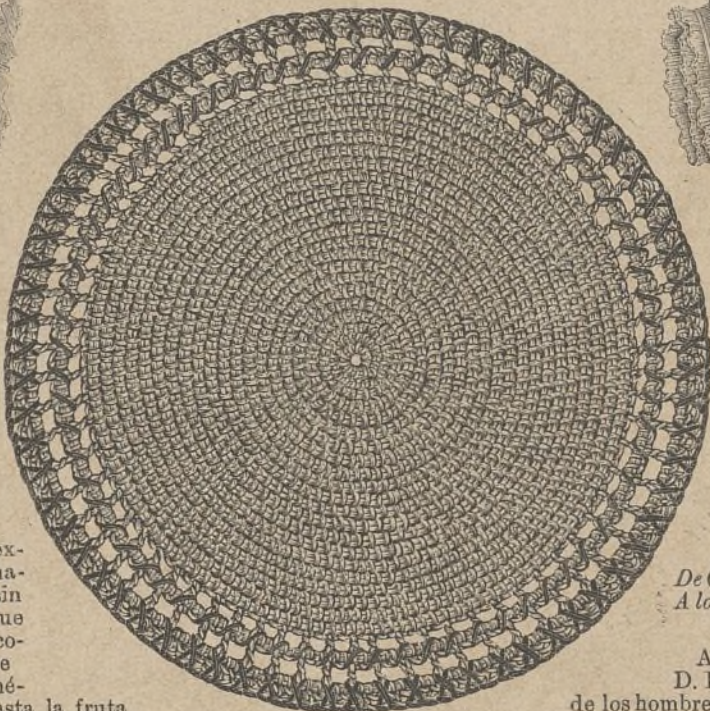
—Porque se ha establecido en esta campiña la industria minera, y



5. Almohadon pouf. Aplicaciones de cretona.



6. Manga para vestido.



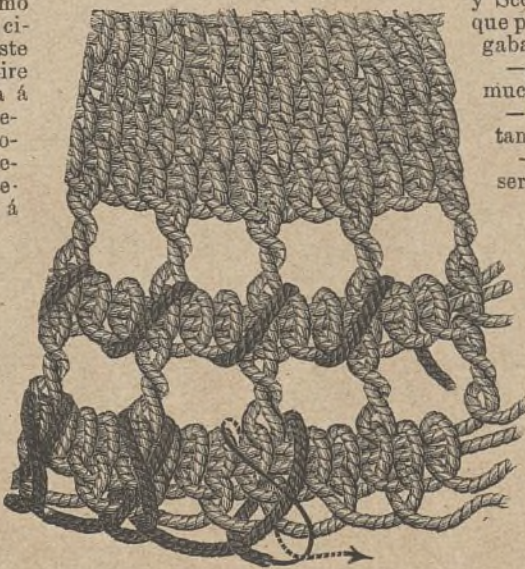
10. Arandela de cordon. (Véanse los núms. 11 y 12).



8. Cenefa para tapete.



11. Ejecucion de la arandela núm. 10.



12. Cenefa de la arandela núm. 10.



13. Tapete bordado. (Véanse los núms. 1, 2 y 14).



15. Sillon con tira bordada.

De Castuera y con montera, A la puerta de un sajordon, Ladron.

Aquí nació el General D. Francisco Lujan, uno de los hombres que influyeron más en la política española por los años de 1854.

En esto el tren partió de nuevo, y Scott, saliendo de la abstraccion que por cortos momentos le embargaba, me preguntó:

—¿En España tienen Vdes. muchos Generales?

—En la época presente contamos con 613.

—¡Hombre!... ¿No puede ser!... ¡Es una barbaridad!

—Pues será todo lo que usted quiera, pero el caso es que viven y cobran hasta 613 afortunados españoles que son Oficiales Generales.

—Mire V. que no hay tantos en Francia.

—Bien lo sé.

—Mire V. que tiene menos Alemania.

—También lo sé.

—¡Pero hombre!... ¡Es posible!

—Como á V. se lo digo. Mire V., España cuenta el siguiente cuadro de Oficiales Generales, con mando y de cuartel:

Capitanes Generales.	8
Tenientes Generales.	92
Mariscales de campo.	133
Brigadieres.	317 550
Exentos del servicio:	
Tenientes Generales.	2
Mariscales de campo.	12
Brigadieres.	49 63

TOTAL..... 613

Así puede V. explicarse el estado de mi país, donde el militarismo impera, y no se hace otra política que la de cuerpo de guardia.

—¡Oh!... ya me lo explico; lo que no comprendo bien es que entre tanto general, no encuentre el Gobierno uno tan siquiera que acabase con la guerra actual, que trae á este país perturbado hondamente y le tiene sumido en la mayor desgracia.

—Cierto: no tenemos un general que sea capaz de darnos la paz, siendo lo peor que tampoco son grandes diplomáticos, pues el Senado y el Congreso, donde siempre han ocupado gran número de

una colonia de trabajadores están viviendo y buscando su porvenir en las entrañas de estas sierras.

—¿Qué mineral extraen?

—El más necesario: el carbon, alimento preciso, indispensable á la industria moderna. Sin él los ferro-carriles, los vapores, la maquinaria quedarían sin movimiento.

—En esto de las minas de carbon, es en lo que no cede mi país á España, ni á ningún otro pueblo. El número de minas de carbon que se explotaban en 1872 en la Gran Bretaña y en Irlanda, era 3.001; en 1873 llegó el número á 3.527, y en 1874 se pusieron en explotacion 252 más que en el año anterior. Esto es, el año pasado contaba Inglaterra con la Irlanda hasta 3.779 minas carboníferas en explotacion, y bien puede decirse que en todo el presente tendrá unas 4.040.

Este es un dato para contestar á aquellos que sostenían que no habria carbon mineral para más allá de 1870, y auguraban los más tristes vaticinios á la industria moderna.

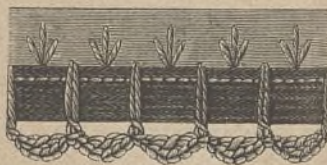
Y mientras Scott continuaba hablando de las minas carboníferas, el tren fué suspendiendo su paso, hasta que paró frente á otra estacion.

Estábamos en Castuera.

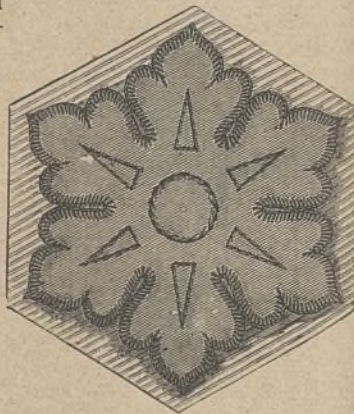
Era la una de la tarde.

—Supongo que aquí habrá poblacion, decia Scott.

—Supone V. bien. Estamos frente á una antigua villa que los romanos poblaron, dándole el nombre de Artigi, y que los árabes llamaron *Castu-erat*, hoy Castuera, cabeza del partido judicial de su nombre y una de las villas más importantes de la provincia de Badajoz, situada en este árido valle, formado en las vertientes de esas montañas que se enlazan á las de Sierra-Morena. Castuera es un pueblo esencialmente agrícola, y sus vecinos no siempre han gozado de buena fama en Extremadura, pues de antiguo se cantaba:



9. Cenefa para tapete.



14. Estrella para el tapete y cortinas números 2 y 13.





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel 2ª, II. Madrid.



puestos,  
para el  
—Los  
del país  
—Son  
discute  
—Cua  
sitos.  
—Cas



48

con su  
Inglaterra  
cuanto  
el de los  
bres ran  
garibale  
—Y  
—Los  
siempre  
reñide  
gallos q  
sido pr  
disolv  
más de  
ocasion  
ñonazon  
Yo s  
al oír  
clasifi  
nes. N  
habia  
más ju  
Scott, r  
cia ya  
lo son  
pocos e  
yo en  
Congre  
cuando  
mente.  
—E  
—E  
Scot  
notas.



25



puestos, es testimonio vivo de que no sirven más que para el acto de las votaciones.

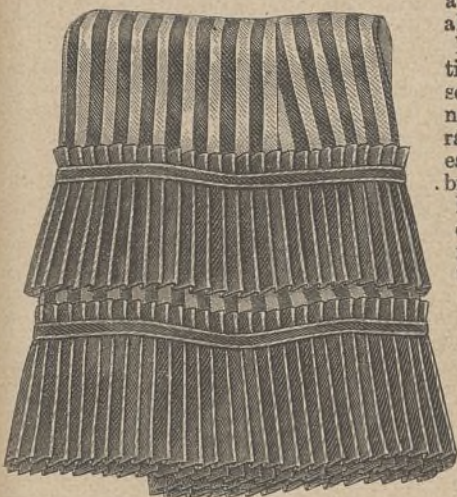
—Los Congresos no son los que han de dar la felicidad del país.

—Son siempre los cuerpos deliberantes, donde el país discute y se da sus leyes. Es la garantía de la libertad.

—Cuando los Congresos se reúnen con buenos propósitos.

—Casi todos.

—No tal, amigo mío, al menos por los de los tiempos presentes; pues no me negará V. que el de Versalles es una reunión de hombres honrados, pero que hacen á su país cuanto daño pueden; el de Alemania una reunión de estudiantes, que se pelean



18. Falda de percal con volantes plegados.

con su profesor, pero al fin le obedecen; el de Inglaterra un conjunto de fabricantes que hacen cuanto pueden para aumentar la exportación; el de los Estados Unidos una reunión de hombres raros, armados con revólver; el de Italia, garibaldinos en sesión.

—¿Y el de España, amigo Scott?

—Los Congresos de España me han parecido siempre un reñidero de gallos que ha sido preciso disolver en más de una ocasión á cañonazos.

Yo sonrío al oír tales clasificaciones. Nunca había visto más justo á Scott, ni más oportuno. Parecía ya un hombre serio, como lo son muchos ingleses y muy pocos españoles. Pensando iba yo en la clasificación de los Congresos hecha por Scott, cuando el tren paraba nuevamente.

—¿En dónde estamos? preguntaba mi compañero.

—En Campanario.

Scott sacó su cartera y comenzó á poner nuevas notas.

(Se continuará).

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres  
POR ANGELA GRASSI  
CAPÍTULO SEGUNDO.  
(Continuación).

Pero prosigo mi historia.

Acercábase la estación calurosa, y las elegantes damas de la corte, anticipándose á la venida de los reyes, acudían presurosas, cual una bandada de golondrinas, á pasearse bajo la sombra de los centenarios árboles de la Granja. Aquellas brillantes hermosuras, adornadas con magníficos trajes, cubiertas de diamantes y reclinadas en espléndidas carrozas, llamaban la atención de Cristina y excitaban su envidia.

Desde entonces todo su anhelo se cifró en penetrar en aquel círculo escogido, para cuyo objeto podría servirle su talento músico.

Púsose á estudiar el piano con afán, y pronto vió realizadas sus esperanzas.

Aquellas damas ociosas, deseaban, para eximirse del fastidio inherente á su grandeza, hallar un objeto cualquiera que las distrajese y que sirviese de incentivo para atraer toda aquella pequeña sociedad á su casa, discutiendo cada una mil medios para conseguirlo.

La marquesa de Orfeles, en particular, soltera de sesenta años, que acababa de heredar el título por muerte de sus hermanos, tenía un deseo vivísimo de ser la preferida.



16. Cenefa bordada en paño.



17. Estuche de costura. (Véase los núms. 25 y 26).

de la sociedad que la recibía, que yo redoblase mi trabajo; pero no crea usted que merezco ningún elogio por esto, porque estaba suficientemente pagada con el



22. Corbata de encaje irlandés.



23 y 24. Chaqueta para vestido.



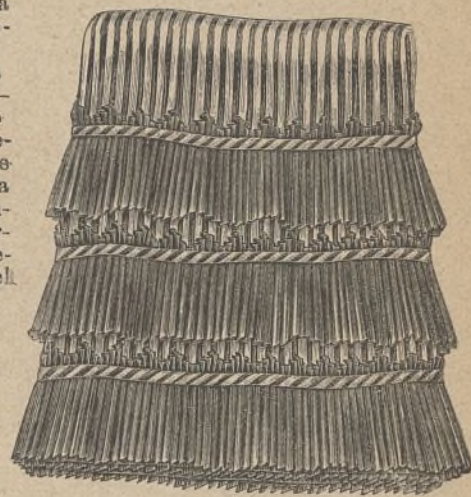
27. Fantilla de crochet y trenilla Cluny.

En uno de sus paseos á Valsain, oyó á Cristina, quiso verla, y la instó para que fuese á tomar parte en un concierto que estaba disponiendo.

¿Cómo explicar á V. nuestra alegría?

Aquella noche fué para ella un verdadero triunfo, y una vez obtenida la entrada en los altos círculos sociales ya no dejó de concurrir á ninguna de sus fiestas, porque era como un hermoso dije, que todos se vanagloriaban de poseer y enseñar.

Era preciso, para que se presentase ataviada de un modo digno



19. Falda de percal con volantes plegados.

placer que me reportaba el hacerlo.

Así es que mientras ella se hallaba en algún baile, yo velaba toda la noche para trabajar, y cada vez que el sueño entrecerraba mis párpados, me decía á mí misma:

—Animo, Margarita, ánimo; con el precio de esta labor, tu hermanita tendrá un traje nuevo, y estará más hermosa que todas las damas de la corte.

Bien pronto fijará las miradas de algún noble caballero, que la elegirá por esposa, y entonces dirá á sus hijos: *amada á la buena Margarita, á la cual debo mi dicha.*

Yo, por mi parte, como soy fea, no me casaré nunca, y pasaré mi vida siendo el apoyo de mi anciana madre, que pagará mi cariño con fervientes bendiciones.

Esto pensaba entonces, y me sentía dichosa.

Llegó, por fin, el anhelado instante; Cristina fué amada por un alto personaje.

Yo no le conocía, porque á esas brillantes fiestas nunca la acompañábamos nosotras; pero ella me refería sus palabras, sus demostraciones de cariño, y me pintaba el inmenso placer que sentía, no en verle rendido á sus pies, sino en que todo el mundo lo viera.

Le gustaba hacer gala de su triunfo, y se gozaba á menudo en tratarle con desvío delante de las damas, aun que interiormente estaba orgullosa de su preferencia.

Yo no conocía la vanidad, y no podía comprender

el sentimiento que la hacía obrar de un modo tan extraño. VÍ, con sumo dolor, que al adornar su imaginación, nos habíamos olvidado de formar su alma, y aunque ya no era tiempo, quise darle algunos consejos, de los que se burló altamente.

Para abreviar, solo le diré á V. que Cristina marchó á Madrid con la marquesa, que quiso llevarla consigo en calidad de señorita de compañía, y que allí á su primera conquista sucedieron ciento, porque solo aspiraba á tener un séquito de adoradores que halagasen su amor propio.

Largo y triste fué el invierno que pasamos nosotras, alegrado únicamente de vez en cuando por alguna carta de la que tanto amábamos, cuando un suceso imprevisto vino á cambiar la faz de mi existencia.

Una noche, mientras yo velaba para acabar una labor, me



26. Parte interior del estuche número 17.



25. Parte exterior del estuche número 17.



sorprendió un confuso ruido de pasos y ramas agitadas, juntamente con ayes de angustia y rugidos salvajes.... Corrí a la ventana.... ¡Juzgue V. de mi espanto!... ¡Era un hombre que luchaba con un enorme lobo!... Las fuerzas de aquel infeliz-estaban casi agotadas.... ¡Yo no sé lo que sentí en el corazón!... Me abalancé a la puerta, y abriéndola de par en par, corrí a interponerme entre el hombre y la sangrienta fiera.... ¡Nada había meditado! ¡nada había previsto! solo tenía una idea: salvar a un desdichado....

Sorprendido el lobo por mi brusca aparición, se detuvo un instante indeciso, no sabiendo cuál elegir entre las dos víctimas que se ofrecían a sus ojos....

¡Aquel instante de indecisión nos salvó a entrambos!

El hombre hizo un esfuerzo, cogió una enorme piedra, y se la asestó al lobo con tal acierto, que la fiera dió un espantoso rugido, y cayó sin vida; mas ¡ay! que también cayó al suelo, como una masa inerte, el infeliz desconocido.

La lucha había sido ruda.... Estaba lleno de heridas, inundado de sangre... ¡Me incliné sobre él; puse la mano sobre su corazón!... ¡Su corazón palpitaba todavía!... ¡Oh! ¡cuántas, cuántas gracias di a la Providencia!...

Volví a casa y corrí al aposento de mi madre.

Esta había despertado con el ruido, y estaba sentada encima de la cama. Al oír mi relación, se vistió apresuradamente, y me siguió al lugar en donde yacía el moribundo...

La luz que llevábamos iluminó su rostro, y solo entonces me apercibí de que era joven y hermoso....

El más subido carmin cubrió las mejillas de Margarita al decir esto, y bajó los ojos confusa.

—Sigue, sigue, exclamó D. Silverio.

Le llevamos a casa, repuso la joven, le colocamos sobre el vacío lecho de Cristina, y volvió en sí; pero casi al instante le atacó una violenta fiebre cerebral.

¡Oh! ¡con cuánta angustia conté las horas de aquella noche interminable!

Al rayar el alba, mi madre tan asustada como yo, dispuso que fuese a buscar al médico.

No fui, volé a desempeñar mi encargo....

Durante quince días, el enfermo estuvo batallando entre la vida y la muerte. Yo no me separé ni un punto de su lado: ¡de noche, de día, siempre me hallaba pronta a servirle, a consolarle!...

—¡Cómo dices eso! interrumpió D. Silverio. ¡Pobre Margarita! ¡le amaste por ventura!

La joven se arrojó en sus brazos sollozando, pues sin querer acababa de descubrir un secreto.

—¡Calle V! ¡calle V! balbució en voz baja. ¡Solo usted, Dios y mi madre, saben que le amo!

Luego repuso con creciente turbación:

—Convencida de mi fealdad, segura de que nunca llegaría a fijar las miradas de ningún hombre, jamás se habían ofrecido a mi imaginación esos hermosos sueños de la juventud, que espera e invoca al alma compañera de la suya. ¡Pero entonces!... Entonces, durante aquellas largas noches, que pasaba al lado de su cama, oyendo su dulce voz, recogiendo sus suspiros, pensaba en cuán feliz sería la mujer que mereciese su amor y el título de su esposa. Aunque entregado a un incesante delirio, mi enfermo conservaba el recuerdo de aquella noche en que le había salvado, y al verme tan solícita junto a él, me llamaba su ángel bueno.

¡Ah! ¡cómo no amarle! ¡Poseía un corazón tan noble, tan generoso, que el desorden mismo de sus ideas solo servía para poner de manifiesto sus bellas cualidades!

A veces me hablaba de su padre, anciano venerable, a quien consagraba todo su cariño, y otras veces de un joven preceptor, con quien le unían los lazos de una amistad profunda; pero jamás pronunciaba el nombre de ninguna mujer querida. ¡Nó! ¡Nunca!

Poco a poco, y a medida que la fiebre iba cediendo, parecía que le era más grata mi presencia. Si me ausentaba de su lado, se ponía triste y me reñía con melancólica dulzura, y cuando para distraerle le contaba las sencillas leyendas del país, me escuchaba con estático embeleso.

Yo me sentía muy dichosa; pero turbada por la certeza de que mi hermoso sueño debía disiparse pronto.

Mi madre empezaba a quejarse de aquella interminable enfermedad, que la impedía despedir al importuno huésped, cuyo nombre y procedencia ignoraba, pues nadie le conocía en Valsain, y de los informes que tomamos solo resultó que había llegado a la Granja un día antes de aquel en que le había sucedido su desgracia.

Así, pues, a pesar de la prohibición del médico, que no quería que se le recordase el pasado, entró una tarde, y logró, con capciosas preguntas, que el enfermo le revelase su nombre.

Se llamaba Leopoldo de Mendoza. Un nombre muy común, ¿no es verdad? No obstante, a mi madre le hizo una impresión extraña y dolorosa, pues se puso muy pálida, y salió tambaleándose del aposento.

Quise seguirla; pero Leopoldo me detuvo con un gesto.

—¡Parece que despierto de un profundo sueño! me dijo. Me siento muy débil, pero mi razón está más despejada. ¡Sin duda la fiebre debe haber turbado mi cerebro!...

—¿En dónde estoy? ¿qué es lo que me ha sucedido?...

—¡Ah! ¡sí! ¡de todo me acuerdo ahora! ¡Mi madre ha muerto! ¡Dios mío, no tengo madre!

Calló un breve instante abrumado por el dolor, y luego repuso, como si hablase consigo mismo:

—¡Sí! ¡sí! ¡El médico me ordenó que viajara para distraerme!... Fui a Madrid, luego a la Granja, luego me vine paseando hasta Valsain. Me perdí, era de noche, un lobo....

Calló de nuevo, de nuevo pareció meditar.

—¡A V. debo la vida! prosiguió, fijando en mí sus ojos expresivos. ¡Ah! ¡nunca, nunca olvidaré su tierna solicitud, sus bondadosos desvelos! ¡La amaré a V. como he amado a mi madre, como hubiera amado a una hermana si el cielo me la hubiese concedido! Pero no, repuso en voz baja y con un acento tal, que me conmovió toda el alma: ¡hay otro cariño más dulce que el de hermana, que el de madre! ¡el santo afecto de esposo!...

—¿Qué es lo que sentí al oírle pronunciar estas palabras? ¡Fue fuego, fue hielo lo que corrió por mis venas! ¡Mi cabeza ardía, mi corazón palpitaba como si quisiera salir del pecho!...

Huí de la estancia, corrí a mi aposento, me abalancé al espejo.

La felicidad sin duda me embellecía, porque no me vi tan fea como otras veces.

Me probé uno por uno los adornos de Cristina, di cien vueltas a mi tocado, en una palabra, ¡estaba loca!

Muchas horas hubiera pasado en esta ocupación, si una carcajada que soltó mi madre, al entrar repentinamente en mi aposento y al verme tan adornada, no me hubiese llenado de vergüenza y confusión.

—¡Quería probar si estaban bien! balbució sin saber lo que decía.

Mi confusión y mi torpeza en mentir hicieron comprender a mi madre toda la verdad. Así, cuando levanté tímidamente los ojos hacia ella, advertí una expresión tal de desagrado en su semblante, que me hizo ruborizar de nuevo.

Al pronto pensé que debía haberle parecido muy ridículo el contraste que ofrecían tan ricos adornos con mi poco agraciada fisonomía, porque mi fealdad era una cosa proverbial en casa; pero sin duda no fué este el sentimiento que experimentó, porque, a ser así, hubiera sido de corta duración, mientras el que sintió entonces lo ha conservado hasta ahora.

—Vé al monte a coger algunas hojas de romero, me dijo con voz breve e imperiosa. Nada tienes que hacer aquí.

Dijo, y se alejó sin templar la severidad de la orden con ningún gesto cariñoso.

Yo quedé petrificada, y sin poderme dar cuenta de aquel extraño suceso....

Sentí que las lágrimas, llenando mi corazón, se agolpaban a mis ojos....

Sin embargo, me apresuré a obedecer.

Para salir de casa tenía que pasar por delante de la estancia del enfermo.

—¿Fue juego de mi imaginación? ¿Fue ilusión de mi deseo?

Me pareció que Leopoldo me llamaba con voz débil y apagada.

Entré de puntillas, me acerqué al lecho....

Leopoldo me tendió la mano.

—¡Estoy mejor! me dijo, ¡mucho mejor! ¡Aquel peso que me oprimía la frente como un círculo de hierro, ha desaparecido! ¡Puedo pensar y darme razón de lo que pienso! ¡A donde ha ido V? ¡Por qué me ha abandonado V. durante tanto tiempo! ¡Me parecen tan largas las horas si V. no está a mi lado! ¡Es que la ha ofendido a V. cuanto la he dicho? ¡Es que V. no puede corresponder al afecto que me inspira!

Aunque procuré cerrar los ojos, él sin duda debió ver el fuego del corazón que iluminó mis pupilas.

—¡Sí! prosiguió con dulcísimo acento, estrechando mi mano contra su pecho, ¡ha sido V. tan buena para mí, que la gratitud ha engendrado el amor, y la juro a V. como caballero, que si V. lo acepta, será feliz algún día en darme el título de esposa!

No supe qué decir, no supe de qué palabras valirme para expresar los tumultuosos sentimientos de mi alma. Casi maquinalmente me quité del cuello un pequeño medallón, y lo depuse en sus manos.

Leopoldo cogió mi sencilla ofrenda, y la llenó de besos. ¡No sé qué es lo que sentí entonces dentro del corazón, ni qué nombre dar al sublime arrobamiento que se apoderó de mi espíritu!

Arrojamos los dos a la par un profundísimo suspiro, y nuestras lágrimas se mezclaron. ¡Parecía que un misterioso imán atrajese nuestras dos existencias, y que yo y Leopoldo no formásemos más que una sola alma!

Un fuerte bofetón, descargado sobre mi mejilla, me devolvió al sentimiento de la vida real.

Mi madre había presenciado, ciega de enojo, el final de aquella escena, y cogiéndome por el cabello, me llenó de golpes é improperios, y de increpaciones al infeliz Leopoldo.

Este se incorporó en la cama, tendió los brazos hacia mí; pero estaba tan débil, su curación estaba aun tan incompleta, que soltó un agudo grito y cayó de espaldas y desmayado sobre el lecho.

Quise abalanzarme hacia él para socorrerle, pero mi madre me rechazó gritando:

—¡Vete! ¡vete! ¡te lo mando!

Me alejé con el alma despedazada, y fui a refugiarme en mi cuarto.

Cien muertes no deben ser tan dolorosas como lo fueron los instantes que pasé allí encerrada.

Oí que mi madre daba gritos; oí que entraban las vecinas.... Vi llegar al médico, y oí que reprochaba a mi madre su imprudencia.

—La sangre se le ha subido otra vez a la cabeza, decía cuando se iba; ¡puede ser que no salga de esta!

¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto sufrí, cuánto lloré, cuánto rogué a la Virgen de los Desamparados que acudiese en mi socorro!...

Mi alma estaba toda en mis oídos: hubiera dado mil vidas por saber lo que pasaba.

Al cabo de media hora se apaciguó el tumulto; las vecinas se fueron, y mi madre apareció en el dintel de la puerta.

Su descompuesta fisonomía revelaba tal cólera, que exánime y aterrada me cubrí el rostro con las manos por no verla.

—Haz un lío de tu ropa más precisa, me dijo con voz ronca e imperiosa.

Obedecí temblando. Tenía tan pocas cosas, que pronto hube concluido.

Cuando vió que estaba terminada mi operación, añadió con el mismo tono que no admitía réplica:

—Vé al instante a Segovia, y permanecerás en casa de tu tía, hasta que yo ordene tu vuelta.

—¡Irme! balbuceé en el colmo de la sorpresa. ¡Irme de aquí! ¿cómo? por qué? ¡Y de noche! ¡Es ya de noche!...

El semblante de mi madre se tornó más sombrío al oír mis observaciones; puso un dedo en sus labios, y me señaló la puerta.

Tomé el lío y me alejé sollozando.

Cuando estuve a algunos pasos de distancia, me volví.... Mi madre estaba inmóvil en el umbral de la puerta, y al ver que tendía hacia ella mis manos suplicantes, me mostró imperiosamente el camino de Segovia.

Atravesé el pueblo, y bien pronto llegué a las eminencias, cubiertas de pinos, que sirven de muralla al espumoso Valsain, el cual se precipita bramando entre desnudas rocas.

Estaba rendida de dolor, y me senté sobre una piedra para tomar aliento.

El sol se había ya escondido entre los rojos cambiantes del ocaso, y un crepúsculo, cada vez más incierto, derramaba su pálida claridad sobre el paisaje.

El cuadro que presentaba la naturaleza era triste y sombrío. Aquella campiña, tan verde y tan risueña cuando la iluminaba la rosada luz de la aurora, parecía lóbrega, envuelta como estaba en los densos ropajes de la noche.

Un viento tempestuoso hacia balancear las altas copas de los pinos, que a lo lejos asemejaban fantasmas. Los bramidos del Valsain, mezclándose con los ayes del viento, formaban un concierto misterioso, y los relámpagos que de vez en cuando rasgaban los negros nubarrones, completaban con su rojiza claridad el horror de aquel siniestro cuadro.

Tuve miedo y quise huir; pero ¡ay! ¡cada paso que daba me separaba, y quizás para siempre, de Leopoldo!

Subí sobre una peña para ver por última vez el pueblo. Los torreones del palacio de los reyes, y el campanario de la iglesia, eran lo único que se dibujaba sobre el oscuro horizonte.

¡Pero allí estaba mi casa, allí estaba Leopoldo, tal vez moribundo, tal vez llamándome con voz triste y congojosa!

¿Debo confesarlo? ¡En medio de mi horrible desconcierto, era casi feliz! Oía dentro del corazón una voz que me decía: *Eres amada, eres amada*, y esta voz dulcificaba mis inmensas amarguras!

¡Ah! ¡triste del que no ha oído resonar en su alma esa voz dulce y consoladora; pero más triste aun aquel que como yo, sabe que ha enmudecido para siempre!...



Envié mi postrer adios á Leopoldo, y despues de haber pronunciado una plegaria, emprendí resueltamente mi camino.

En cualquiera otra ocasion hubiera muerto de espanto al atravesar sola y de noche aquellos bosques sombríos; pero mi espíritu estaba en Valsain, y nada veia en derredor de mí.

Cuando llegué al acueducto romano, ó Puente del Diablo, como le llaman generalmente en el país, me asombré de la rapidez de mi viaje.

Íntil es decir que mi aparicion en casa de mi tia, sola y en medio de la noche, fué malignamente interpretada. Íntil es tambien decir cuánto sufrí en los dos meses que la orden de mi madre me tuvo allí desterrada, sin que se dignara enviarme ni la menor noticia suya.

Mi tia no era rica, y estaba acostumbrada á que Cristina pagase su manutencion con creces; así es, que por una parte el silencio de mi madre, y por otra el exceso de gasto, excitó contra mí su cólera. Mi madre se habia contentado con mandarla á decir al principio que me guardase á su lado; pero al ver que se pasaba un día tras otro día, sin que tomase determinacion ninguna, estalló su mal disimulado encono, y como mujer grosera é imprudente, me abrumó de injustas recriminaciones.

Llegó á tal punto el mal trato que me daba, que yo, aunque de carácter tan tímido, formé una atrevida resolución. ¡Determiné volver secretamente á mi casa!

Ya no me impulsaba el anhelo de ver á Leopoldo, ya no era mi loco amor el que me hacia volver mis tristes ojos á Valsain, sino el deseo de arrojarle á los piés de mi madre é implorar su perdon.

Una escena más violenta que las otras, provocada por la codicia de mi tia, me dió fuerzas para llevar á cabo mi propósito, y saliendo furtivamente de Segovia, emprendí el camino de mi casa con más zozobra, si cabe, que cuando la abandoné.

Cuanto más adelantaba en mi camino, los latidos de mi corazón eran más tumultuosos.

Aunque el deseo de ver á Leopoldo no habia entrado para nada en mi fuga de Segovia, su imagen nunca se apartaba de mi pensamiento, ni su nombre de mis labios.

¿Habria muerto? ¿Se habria marchado ya para no volver jamas?

A medida que me iba acercando al pueblo, iba encontrando gente conocida; pero no tuve valor para formular ninguna pregunta ni pronunciar su nombre.

Era además ridículo preguntar una cosa que debia saber, á no hallarme en el estado excepcional en que me habia puesto el extraño desvío de mi madre.

Seguí, pues, velozmente mi camino.

¡Con cuánta emocion saludé el antiguo campanario de la iglesia y las negruzcas casas de mi aldea! ¡Con qué mezcla de veneracion y alegría saludé el rústico techo que me habia cobijado desde niña!

¡En aquellas cuatro blancas paredes estaba escrita toda la historia de mi pobre vida!

Cada paso que daba resonaba en el fondo de mi corazón, y le hacia latir con fuerza.

La casita, que ántes parecia á mis ojos un copo de nieve sobre un fondo de esmeraldas, se fué agrandando.... Empecé á divisar su inclinada chimenea; su pintada galería, y la ventana en donde tantas veces habia visto aparecer el rostro de mi madre....

Luego saludé con regocijo el frondoso sáuce, bajo cuya sombra me sentaba durante las siestas del estío, la sonora fuente que me habia ofrecido sus líquidas perlas, la pradera en donde solia coger flores....

(Se continuará.)

## ECOS DEL MUNDO.

Acaba de publicarse un precioso volumen titulado *El libro de las madres*.

Pocas páginas encierra, y por eso tiene un solo defecto, el de ser corto.

Sin embargo, en breve espacio encierra las más útiles y acertadas consideraciones sobre la higieñe infantil, y todas las madres deben adquirirlo y leerlo con cuidado.

Lo ha escrito el doctor P. Morandi, director de las reales termas de Montecatini, y lo ha traducido, esmerada y elegantemente á nuestro idioma, el Sr. D. José Heredia y Vallabriga, haciendo un gran servicio á las madres y á la infancia.

Se vende este librito en la imprenta del *Diario Oficial de Avisos*, Misericordia, 2, bajo, al precio de una peseta.

Desde ántes de nacer el niño, se enseña ya á las madres en estas páginas lo que puede dañar y lo que puede ser provechoso en el orden físico y en el moral á la criatura objeto de su más viva ternura, de todo su amor, de todas sus esperanzas.

El Sr. Heredia y Vallabriga ha tenido la bella poética

idea de dedicar la traduccion de este libro á la querida y venerada memoria de su madre, y encabeza el capítulo I, titulado *La madre*, con estos dulces versos del insigne poeta D. Miguel A. Príncipe:

¡Madre del alma mia,  
Madre del alma!  
¡Cuánta ternura encierran  
Estas palabras!  
¡Qué poesía  
Dicen lo que ellas, madre  
Del alma mia!"

Con lo dicho creo que basta para que todas las mujeres que tienen la alta mision de la maternidad procuren adquirir dicho libro, y yo estoy segura de que las que lo lean me han de agradecer el habérselo dado á conocer.

\*\*\*

Un amigo mio, que gasta en viajes una buena parte de su gran fortuna, se halla ahora en la capital de los Estados Unidos, en Nueva-York, y me habla con entusiasmo del hipódromo Barnum, de aquella gran ciudad, y me dice que si en Madrid, en vez de los poco variados ejercicios que ofrecen los circos ecuestres, se ideara por un inteligente empresario un espectáculo parecido, el que lo intentase haria una gran fortuna.

Barnum es muy conocido en todo el mundo civilizado desde hace muchos años, como coleccionista sumamente inteligente de antigüedades y de objetos artísticos. Es un hombre instruido, que posee conocimientos no vulgares de historia, de física, de química, de historia natural en sus tres reinos de zoología, mineralogía y botánica, de geografía, de mitología y de nigromancia: su museo de curiosidades artísticas tenia gran celebridad en Paris y Londres.

Hace algunos años se retiró á la vida privada; pero no es Barnum hombre que puede permanecer por largo tiempo en la inaccion á pesar de no ser ya joven.

A la vuelta de un largo viaje abrió en Nueva-York el hipódromo grandioso que me describen, y donde da funciones todos los dias por tarde y noche, llenándose en ambas el edificio con un público que siempre sale con deseos de volver.

Las dimensiones del edificio son verdaderamente colosales: ocupa toda una manzana, y mide á lo largo 426 piés, por lo ancho 200 y 28 de altura. Tiene asientos muy cómodos para 11.000 espectadores, colocados en gradas á la manera de los antiguos circos romanos: estas gradas se cierran en dos semicírculos por los extremos.

En el centro hay una especie de parque con plantas, fuentes y estátuas, y alrededor, entre el parque y las gradas, está la vía para las carreras de caballos.

Infinidad de luces de gas iluminan á giorno el hipódromo, y una gran abertura cubierta de lona en el techo sirve para la ventilacion del edificio. Debajo de las gradas hay un corredor que ocupa la periferia del hipódromo, y á cada lado, en diferentes compartimientos, están las fieras, animales raros y curiosidades del museo. Intercalados con las carreras, hay ejercicios gimnásticos y acrobáticos, juglerías, corridas de búfalos, elefantes, avestruces, etc., etc.

Lo que más admira es la escelencia y abundancia de los caballos. Esta parte sola representa un capital incalculable: hay troncos preciosísimos de variados colores y magnífica estampa, que causarian envidia á cualquier monarca europeo.

Se dan funciones en el hipódromo, como ya he dicho, todas las tardes y todas las noches, y á pesar de su inmensa capacidad está siempre lleno: el programa de las funciones consta en su mayor parte de carreras de caballos ya á semejanza de los griegos y romanos, con carros y trajes propios de la época que representan, ya al estilo moderno y segun las reglas de la alta escuela.

La funcion principia con lo que llama Barnum el *Congreso de las Naciones*: es una procesion en que están representadas varias naciones en las personas de sus monarcas y soldados, unos en magníficas carrozas, y otros sobre elefantes y camellos, quiénes á pié y quiénes á caballo; todas las semanas se varia el programa de la funcion, y este es el principal motivo de que se hallen tan concurridas.

El lujo de los trajes, la abundancia de las luces, la armonía de las músicas, lo vistoso y rico de los caballos y equipajes, las mil preciosidades que tras de cristales se ostentan en dilatadas galerías, la rica verdura esmaltada de flores de los árboles y plantas del parque, hacen del hipódromo de Barnum un espectáculo delicioso, aunque los precios no son exagerados, siendo uno de sus mayores alicientes la infinidad de bellas damas extranjeras pertenecientes á la colonia movable de la gran ciudad,

que asisten con visible placer y elegantemente prendidas á las representaciones.

Como sucede en los teatros de Londres, multitud de vendedores ambulantes de ambos sexos, decentes y aun esmeradamente vestidos, recorren las filas de espectadores, llevando en bandejas helados, dulces, frutas, pastas y refrescos.

\*\*\*

La sociedad de caridad maternal fundada en 1638 por la reina María Antonieta, es de todas las obras de beneficencia la más bella y la más tierna, porque preserva á los recién nacidos del abandono, imponiendo á las madres el deber de amamantar por sí propias á sus hijos, ó de hacerlos criar á su lado durante el primer año de su lactancia.

A favor de esta obra se ha dado en los Campos Eliseos de Paris una de las más deliciosas, de las más brillantes fiestas que se pueden imaginar: habia en aquellos espléndidos jardines juegos de todas clases, y desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche, los niños ricos y felices de la tierra han gastado mucho dinero en beneficio de los pobres y desgraciados.

A las diez empezó á retirarse la concurrencia infantil, despues de dejar muchos miles de francos, y empezó á llenarse el jardín Besselièvre con todas las seducciones de la juventud, de la hermosura y del lujo: era tal la concurrencia de damas de la mejor sociedad, que se circulaba con gran pena por las calles de árboles.

El conde y la condesa de Jancourt, instalados en una preciosa tiendecita, vendian sorbetes y bebidas heladas. Mme. Jacobs tenia un puesto con algunas mesitas, donde vendia cerveza de Francia y cigarritos de Turquía, y tenia por dependientes para servir á los consumidores algunos jóvenes de la mejor sociedad, entre ellos un agregado de la embajada turca.

La duquesa de Montmorency, vestida de blanco, y Mme. Mercy de Argenta, con traje de color de rosa, ofrecian ramilletes de flores que nadie rehusaba.

El *bouffet* estaba servido por la condesa de Walewska, la baronesa de Romand, la duquesa de Castries, Mlles. de Alphonse, la linda baronesa de Polly y la duquesa de Mouchy.

A las cinco de la tarde entró la reina Isabel acompañada de sus tres hijas las infantas Doña María del Pilar, Doña María de la Paz y Doña Eulalia, que iban á tomar parte en la fiesta de los niños: las infantas son lindísimas, y cuentan catorce, doce y once años respectivamente.

S. M. vestia de azul, y las tres infantas de blanco y rosa.

\*\*\*

España ha sabido demostrar á los representantes de las naciones extranjeras que sabe recibir dignamente, sean cualesquiera los pesares que la aflijan, y de ello han podido convencerse en el banquete y recepcion diplomática que tuvo lugar en el palacio de la Presidencia.

La comida empezó á las ocho y media y terminó á las diez en punto, y media hora despues empezaron á llegar las personas invitadas á la recepcion, que terminó á la una de la madrugada.

Es imposible aquí reseñar el gran número de damas que asistió, á las que hizo los honores la señora del ministro de Estado con exquisita gracia y amabilidad.

Entre dichas damas, que lucian elegantes trajes y ricos prendidos, merecen citarse la marquesa de Santa Genoveva, graciosamente ataviada con un magnifico vestido verde claro con encajes blancos; la marquesa de Santa Cruz, azul celeste con guarnicion y adornos blancos; la marquesa de Isasi, azul prusia y adornos blancos; la condesa de Heredia Spínola, verde oscuro con encajes blancos; la marquesa de Folleville, con un elegantísimo traje blanco y encajes negros; las señoritas de Osma, con deliciosos vestidos blancos y encajes del mismo color; la de San Luis, blanco y adornos amarillos; la marquesa de la Laguna, con traje azul y adorno blanco; condesa de Superunda, blanco y encaje del mismo color; la condesa del Pilar, blanco y adornos azules; marquesa de Bogaraya, amarillo con adorno blanco, todas con ricas diademas, broches y brazaletes de considerable valor.

La mayoría de las jóvenes vestia de blanco ó de colores muy pálidos, y estaban adornadas con flores dispuestas sencilla, pero elegantemente, descansando deliciosamente los ojos en aquel océano de tal, encajes, flores y perlas, despues de quedar deslumbrados con el brillo de los diamantes, rubíes y esmeraldas.

La fiesta de la Presidencia ha sido una de las más espléndidas que se han visto desde hace muchos años en la capital de la monarquía española.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.





28. Entredós de malla guipure.

## VARIEDADES.

Hemos recibido el tomo V de la *Galería de Gallegos Ilustres*, que contiene las biografías de *Los artistas* que más notablemente han brillado en aquel país.

El interés de este tomo, magistralmente escrito como saben nuestros lectores, por el ilustrado joven Sr. Vestreiro Torres, merece que nos ocupemos de él más detenidamente, como así lo haremos uno de estos días.

\*\*

Los filarmónicos de Madrid, Londres y París gozarán a un mismo tiempo de las nuevas obras del popular compositor *Emilio Waldteufel*, cuya propiedad para España acaba de adquirir nuestro compatriota el activo e inteligente editor D. Antonio Romero, siendo la primera pieza que se ha puesto a la venta en su casa editorial (calle de Preciados, núm. 1) una preciosa tanda de walses, titulada *Tout à vous*, arreglada para piano; de la que ha hecho una lujosa edición con elegante portada litografiada, que no dudamos alcanzará en España el mismo extraordinario éxito que está obteniendo en estos momentos en las ciudades capitales, en donde se ha publicado simultáneamente, y en las que, según los partes recibidos, las ediciones de ocho y doce mil ejemplares se han agotado en la primera semana.

\*\*

BAÑOS MINERALES  
DE LA  
CONCEPCION DE PERALTA  
AGUAS SULFATADAS  
SALINO-ALCALINO-GASEOSAS.

Recomendamos nuevamente a nuestras lectoras estos excelentes

baños, cuyo prospecto repartimos en números anteriores, porque ofrecen inmejorables condiciones de comodidad y baratura.

El establecimiento, que contiene varios y espaciosos salones, un magnífico parque, jardín y un hermoso paseo dentro del mismo edificio, está situado a cuatro leguas y media de Madrid, en un paraje fresco, pintoresco y delicioso, pudiéndose decir que se halla en su recinto al mismo tiempo que la salud, un grato esparcimiento. Así lo han comprendido muchas familias, que ya se disponen para ir a pasar la estación del calor en aquel punto.

32. Cofia de mañana.

## ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Indispensable es muchas veces en el campo echar mano de los frutos que este prodiga, para ofrecer algún regalo tanto a las personas de la misma familia, como a las que con su compañía nos ayudan a pasar las largas e interminables horas. Nada más fácil para un ama de casa, inteligente y cuidadosa, consultando las siguientes recetas:

## COMPOTA DE CIRUELAS.

Límpiese las ciruelas en agua hirviendo y pónganse en agua fría así que estén blandas. Se vuelven en seguida al fuego con agua y suficiente cantidad de azúcar, no dejándolas cocer; esta compota se sirve fría.

## COMPOTA DE ALBARICOQUES.

Se cortan en dos pedazos, se quitan los huesos y se arreglan en una fuente de barro, antes ligeramente espolvoreada con azúcar raspada. Hecho esto se riegan con agua, no mucha, y se ponen a cocer a fuego lento hasta la casi total reducción del almíbar. Cuando están en punto se vuelven a espolvorear con azúcar y se cubren con una



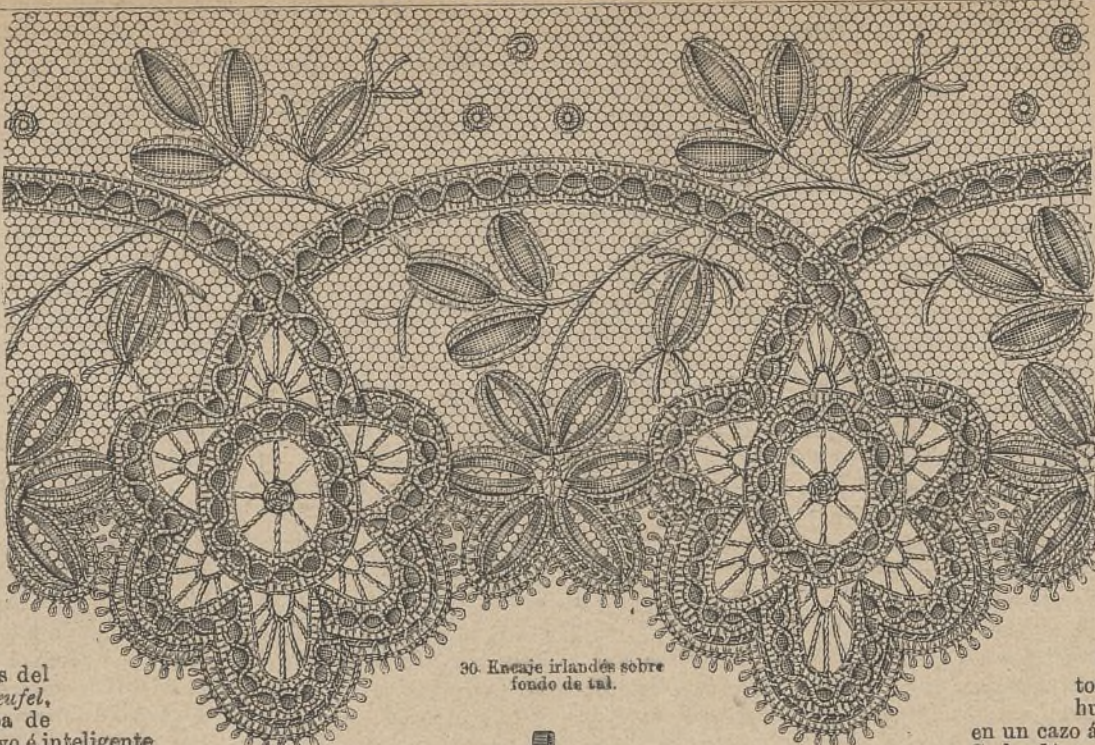
36. Delantal para niña (Véase el núm. 37).

Las Sras. Suscriptoras a la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

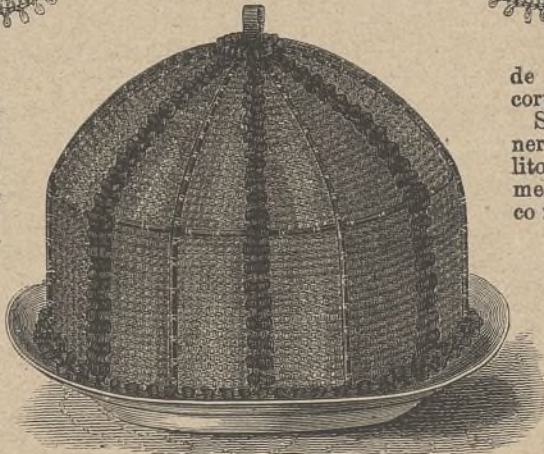
Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.



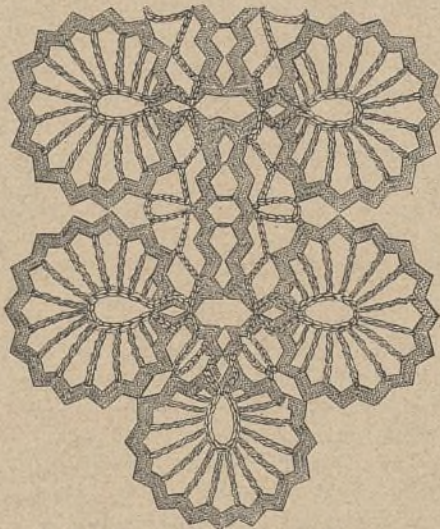
30. Encaje irlandés sobre fondo de tal.



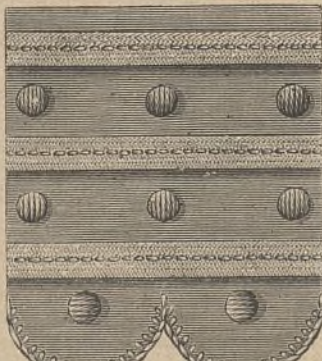
31. Mosquitero de punto.



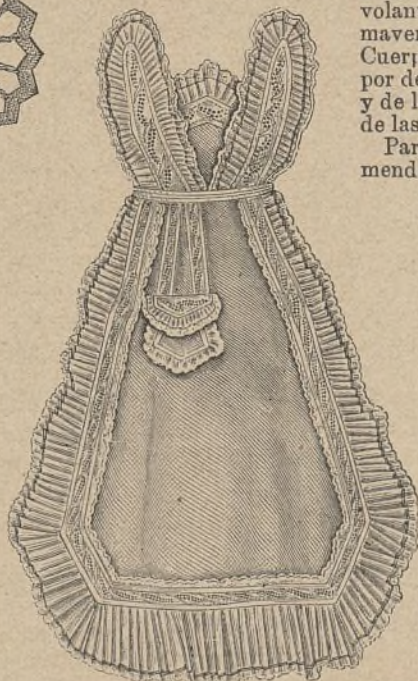
34. Toquilla de trencilla y crochet. (Véase el núm. 35).



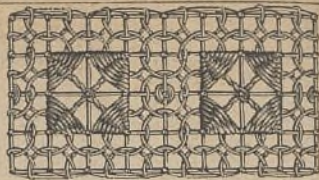
35. Estrellas para la toquilla núm. 34.



37. Cenefa para el delantal núm. 36.



38. Delantal para niña.



29. Entredós de malla guipure.

tapadera con fuego encima. La compota se sirve fría.

## COMPOTA DE MELOCOTONES.

Se cortan en dos mitades, y después de quitados los huesos se remojan para pelarlos; se hace almíbar, se ponen en él los melocotones, se sacan luego éstos, se deja espesar el almíbar y se riega con él la compotera.

También se sirven fríos.

## SORBETES DE ALBARICOQUE Y MELOCOTON.

Se escogen 30 albaricoques ó melocotones bien maduros y se les quita el hueso, se cortan en pedazos y se ponen

en un cazo a la lumbre con un cuartillo de agua. Se les dá un hervor y se pasan por tamiz haciendo pasar toda la pulpa, a la cual se reúne media libra de azúcar que se habrá desleído en agua al fuego, y después de incorporarlo bien se deja enfriar y se pone a helar.

Si se quiere imitar la fruta en moldes a propósito, se les puede poner en medio de cada uno, una almendra y se les dá con un pincelito amarillo y carmin. Si son melocotones, necesitan un poco más de azúcar.

## EXPLICACION

DEL

## Figurin 1177.

Fig. 1.ª — Traje de comida, concierto ó teatro. — Este traje conviene a todas las edades por su severidad y buen gusto.

El vestido es de raso negro y dibuja extensa cola, enteramente ceñida la falda por arriba y ensanchándose a la altura de las rodillas por detrás, hasta llegar a tener tres metros de vuelo.

Un volante de raso plegado muy menudo guarnece el borde inferior y encima del volante tres bullonados. La túnica, de crespon de china, lleva por adorno alrededor y perpendicularmente tiras de encaje perlado, y se recoge atrás con una echarpe de raso negro de 40 cents. de ancho desfleada. Cuerpo coraza escotado con camiseta y mangas de tul negro guarnecidas con encaje perlado. Flores punzó en el peinado.

Fig. 2.ª — Traje de baile. — Vestido de tafetan blanco cubierto de gasa blanca. Algunos bullonados y ruches adornan por abajo la falda. Túnica muy larga por delante, sostenida por atrás con un cinturon de gros-grain. La túnica va drapeada diagonalmente y adornada con un volante plegado y guirnalda de primavera con follaje verde claro. Cuerpo coraza escotado abrochado por delante. Chatelaine con espejito y de la cual pende el abanico. Grupo de las mismas flores en el peinado.

Para estos elegantes trajes, recomendamos los excelentes corsés que fabrica Mme. Grant, calle de Espoz y Mina, núm. 30.

## OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI.

*Las riquezas del alma*, novela de costumbres, premiada por la Academia Española, 2 tomos, 4 reales tomo.

*Los que no siembran no cogen*, novela de costumbres, un tomo, 5 rs.

*La gota de agua*, obra premiada por aclamación en el concurso abierto para optar al premio *Rodriguez Cao*, un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Agotada la edición de *El bálsamo de las penas*, se está procediendo a su reimpression.